

==== Capítulo I ====

La noche era cálida y despejada, con un cielo negro y colmado de titilantes estrellas, y una inmensa luna menguante que brillaba en lo más alto, iluminando la tierra oscura con su luz, haciendo que por el río pareciera correr plata líquida.

Ahary había pasado el día en la casa, como solía suceder. Ella se encargaba de todos los quehaceres propios de un hogar mientras Katniss, su hermana, estaba de viaje, lo que era muy a menudo. Limpiaba la ropa, cocinaba, desempolvaba la casa y en aquella ocasión también se había encargado de una gotera que había en el techo.

Además tenía su propio trabajo, con el que, si bien no se mantenía, sí podía darse algún capricho de vez en cuando. Ella remendaba y cosía atuendos y vestidos para quien necesitara algo rápido. Ese día en concreto había hecho dos vestidos para un par de campesinas que querían lucir algo nuevo en el próximo festival.

No era como su hermana o sus padres. Ahary era la vergüenza de una familia con muchas generaciones de poder. Sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos ya habían sido orgullosos *sharu*. Sus antepasados se opusieron al poder absoluto de los hechiceros, y perdieron, pero hacía mucho tiempo que su sangre corría en aquella tierra.

Ella en cambio no poseía poder alguno. El Espíritu de la Noche al que los *sharu* veneraban le había negado el don de sus ancestros: el poder de utilizar la energía de las gemas para obrar en el mundo.

Ahary no sentía la energía que el Espíritu imbuía en las gemas para que la usaran sus hijos.

No podía sentirlo a él, y ese era el peor crimen para su familia. Sus padres, orgullosos *sharu* desde hacía tantas generaciones, dando a luz a una muchacha sin poder, sin sensibilidad, sin capacidad ninguna.

Era una mancha, una vergüenza. Era aquella a la que amaban por ser su hija, pero a la que despreciaban por no tener el poder.

~ 1 ~

De modo que había acabado viviendo fuera de su comunidad con su hermana, ocupándose de todo en ausencia de esta.

Katniss estaba en una ciudad alejada con su maestro, siguiendo con su aprendizaje, así que no regresaría hasta al cabo de varios días. Ahary se encontraba sola, y estaba acostumbrada. Era muy habitual que su hermana se fuera durante algunas semanas, a veces estaciones enteras, por sus estudios, o su trabajo como curandera *sharu*, y le había hecho un favor a Ahary al pedirle que viniera a vivir con ella y cuidara de la casa en su ausencia.

En su antiguo hogar no era bien recibida.

Tras cumplir con todo era ya muy tarde, y la joven solo quería relajarse, disfrutar de la paz de una noche tranquila, repleta de estrellas, con el ulular de las lechuzas en la lejanía, y después se acostaría para volver a comenzar un nuevo día.

Dispuso pues su material de dibujo en una sencilla bolsa que había hecho hacía ya tiempo. No era gran cosa, pero tampoco disponía de demasiado tiempo libre. Después abrió la puerta y salió.

Apenas había dado unos pasos en busca de inspiración cuando de pronto la paz se rompió como el más fino cristal, y algo cayendo bruscamente al agua la distrajo.

Dio un respingo y miró alrededor, buscando el origen. Sabía muy bien que no era Katniss. ¿Algún animal perdido, entonces?

El chapoteo se repitió no muy lejos de allí. Creyó ver una sombra río abajo, algo que se arrastraba por el agua que no cubría aún. Parecía torpe y demasiado grande para ser un zorro despistado.

Entonces una nube solitaria cubrió la luna, y la tierra quedó sumida en las tinieblas.

Ahary inspiró hondo y no se dejó asustar por la situación. No podía ser nada, se decía, nada que no pudiera enfrentar.

O eso esperaba, al menos.

Intentó dirigirse hacia el lugar donde había visto la sombra. Se movió con cautela, sigilosa, sin llamar la atención, para qué o quién era.

Si hacía falta daría media vuelta y se encerraría en casa a cal y canto, pero no sin antes averiguar qué sucedía.

Llegó al punto donde sabía que el agua lamía la tierra en la orilla. La luna seguía oculta y Ahary estaba envuelta en tinieblas.

El chapoteo se repitió, más cerca esta vez, como si se aproximara. Había algo más, sonidos que parecían... jadeos.

Era la respiración de alguien que trata de arrastrarse penosamente por su vida: una respiración agotada, desesperada, y también llena de dolor.

—¡Por todos los cielos! —se le escapó a la joven.

Sin pensarlo más recorrió la distancia que podía separarla de aquella persona —pues ahora estaba segura de que lo era—, esperando poder hacer algo para aliviarla.

Los pies se le sumergieron entonces en el agua cristalina y fría, y los jadeos remitieron. Todo sonido quedó silenciado: ya no había respiración ni chapoteo. Quien fuera que estuviera allí ya no se movía.

—No voy a hacerte daño —aseguró, tendiendo las manos en la oscuridad—, vengo a ayudarte. Todo está bien, ¿de acuerdo? Todo va bien.

Entonces algo agarró su falda.

Ahary bajó la mirada y tomó la mano que la había cogido con tanta desesperación. Inspiró hondo al contacto con la piel.

«No pasa nada, no hay que asustarse», se dijo. «Nunca ha ocurrido nada, ¿por qué iba a comenzar ahora?»

—¿Vas a dejar que te ayude? —preguntó con suavidad.

Finalmente la luna salió de su escondite, y su luz iluminó a un joven que yacía a medias dentro del agua, aferrado a la ropa de la joven con dedos crispados de dolor.

Su cabeza gacha no dejaba ver su rostro, y su cabello, larguísimo y claro, cubría su cuerpo como una capa.

Aun así Ahary pudo ver la delgadez de sus hombros trémulos, convulsos.

Se sintió embargada por la pena.

Soltó la mano de aquel joven, pero solo para agacharse y tratar de recogerlo, levantarlo y llevarlo a casa; su hermana no permitiría que aquel desgraciado se quedara

allí fuera, y la joven estaba segura de que, de hecho, hubiera deseado que lo llevara a la cabaña: Katniss sabía cómo tratarlo.

—Debes estar helado, por todos los cielos, tenemos que hacerte entrar en calor — musitó mientras tiraba de él—. Vamos, vamos, apóyate en mí, ¿puedes?

Sí, debería estar frío por la noche y el agua gélida, y no obstante Ahary se sorprendió al notar que aquella piel que tocaba, aquellos brazos estaban calientes, demasiado calientes.

Aquella piel, suave y tersa como la de un niño, era febril.

No podía creer que estuviera a esa temperatura. ¿De dónde provenía aquel calor antinatural?

La joven se movió junto a él para examinarlo. Aquello no podía ser normal.

Entonces le tocó la espalda y literalmente se quemó.

Apartó la mano con brusquedad.

—¿Pero qué...?

«¿Qué le han hecho a este pobre desgraciado?», se preguntó.

Un rostro quebrado de dolor se alzó, y dos ojos tan oscuros como la noche la miraron a través de los claros mechones de cabello, húmedos y colmados de agonía.

Las manos temblorosas se aferraron de pronto a la joven y el desconocido se cogió a sus hombros, convulso.

Aquellos ojos casi negros la taladraban, agonizantes y suplicantes, y los labios, finos y delicados, dejaron escapar un leve gemido de dolor.

El atormentado muchacho comenzó a jadear de nuevo, como si el solo hecho de respirar fuera un martirio indescriptible.

No era ninguna hechicera, ni tampoco *sharu*, como su familia. No tenía poder, como Katniss, pero sí conocimiento. Por eso supo que aquel fuego que parecía devorar al desconocido, comenzando por la piel de su espalda y haciendo arder sus venas, su propia sangre, solo podía tener un origen.

Ahary inspiró hondo.

«Piensa», se ordenó. «Vamos, piensa. No puedes dejar al chico así. ¿Pero qué es lo que puede necesitar alguien en una situación semejante? ¿Hielo?».

—Esto tiene que ser algo mágico —musitó—. Tiene que serlo, ¿pero cómo has...?

No obstante sacudió la cabeza y se dispuso a dejar esas cuestiones para más tarde. Lo primordial era sacar al chico del agua, de modo que intentó levantarlo a peso. La fuerza no era su mayor virtud, pero debía llevarlo a otra parte, darle agua, tapanlo... o no tapanlo en absoluto. En todo caso, tenía que tratar aquel calor antinatural.

Entonces aquellas manos desconocidas se aferraron más a ella. Tomaron su rostro, cubriéndola, calentándola.

Esos ojos oscuros se clavaron en los suyos.

Por primera vez el desconocido habló. Tenía la voz ahogada, juvenil pero agravada por la agonía de la magia que lo devoraba.

—Quema...

Sus manos estaban muy calientes contra las mejillas de Ahary.

—Lo sé, sé que quema, lo sé, aguanta, vamos... —rogó ella—. Pediré ayuda y haremos que te sientas mejor, vamos.

Se liberó del agarre con suavidad, solo para volver a apoyar el cuerpo delgado y caliente del muchacho contra el suyo. No le importaba si por error se quemaba, tenía que llevarlo consigo.

—En casa estarás mejor —le aseguró—. Tienes que poder. Si has llegado hasta aquí, tienes que poder.

Él la estaba mirando intensamente con esos ojos oscuros como la noche.

Entonces se cogió a los hombros de Ahary con una fuerza inusitada para su estado, y empujó para intentar levantarse. La muchacha lo observó, sorprendida por su esfuerzo, pero sonrió para animarlo a seguir. No había esperado que reaccionara de aquel modo, pero así, si él ponía de su parte, podría transportarlo a casa.

—Muy bien, lo haces muy bien, tú puedes.

Lo tomó de los codos para ayudarlo a enderezarse.

—Deja tu peso en mí —recomendó—, lo haremos juntos.

Él no asintió, pero se alzó primero en las rodillas, después en un pie, finalmente en el otro. Se reclinaba contra Ahary y temblaba terriblemente, pero las piernas, por ahora, parecían aguantar.

Ella le rodeó la cintura con un brazo, obligando al desconocido a apoyarse en su cuerpo para caminar.

—Vamos —lo apremió—. Eres muy fuerte, puedes hacerlo.

«¿Cómo ha llegado hasta aquí por sí mismo?», se preguntó. «O peor... ¿quién le ha hecho esto, y por qué?».

No podía comprender quién podría haber torturado así a otra persona, sin importar lo que hubiera hecho.

—Te pondré agua, mucha agua, ¿vale?

Un cabeceo fue toda la respuesta que recibió, una respiración jadeante, superficial, quebrada por el dolor.

Ahary logró guiarlo hasta la casa. No fue fácil, pues él estaba débil, y en la oscuridad del interior todavía fue más complicado llevarlo hasta la cama; por suerte dejar la puerta abierta le permitió ubicarla allí, al fondo de la estancia.

—Un poco más —lo animó.

Con el máximo cuidado la joven lo ayudó a tenderse boca abajo. A la luz de la luna que entraba del exterior ella le apartó el cabello de la espalda, que debía molestarle.

Fue entonces cuando vio las marcas.

Sin aliento se acercó para mirar con más fijeza las líneas pálidas, gruesas y aparentemente aleatorias que recorrían la tensa piel de aquella espalda, y comprobó que por un instante algo pareció moverse bajo ellas: algo que no eran músculos, sino otra cosa.

—Cielos... —musitó.

El desconocido aferró la sábana, crispando los puños, y apretó el rostro contra la almohada como para acallar los gritos de dolor que todavía no había pronunciado.

—No puedo hacerme una idea de lo que debe dolerte —murmuró, y se mordió el labio inferior.

Ahary se dio unos suaves golpes en la mejilla para reaccionar. No había tiempo que perder.

Corrió a por un cubo y lo llenó de agua. Lo colocó junto al joven, mojó unos paños y los dispuso sobre la espalda ardiente, esperando que aquello lo aliviara lo suficiente hasta que su hermana llegara.

Desde luego, Katniss debía acudir para verlo y tratarlo apropiadamente.

A toda prisa fue hasta la jaula donde tenían uno de los dos pequeños pájaros amaestrados, de plumaje marrón y pequeño tamaño. El ave, alegre e inconsciente de lo que sucedía, revoloteó con confianza junto a Ahary mientras esta escribía una rápida nota:

He encontrado a un chico y no está bien, tiene algo mágico. Tienes que venir, por favor, te necesitamos.

Ató el delgado papiro a la pata del pájaro, le indicó el nombre de Katniss, y lo dejó en la ventana. El animalillo alzó el vuelo de inmediato, piando de contento, y se internó en la noche en busca de su objetivo.